

La esperanza celestial de la Iglesia

William Wooldridge FEREDAY

biblicom.org

Prefacio

Que el Espíritu de Verdad bendiga ricamente este sencillo artículo para todos los que lo lean. Que Él lo use para despertar el amor hacia nuestro Señor, y para profundizar en muchos corazones el ferviente deseo de su regreso. El propósito que seguimos al escribirlo habrá sido alcanzado.

W. W. F., mayo de 1898.

Todo cristiano espera pasar una eternidad de felicidad en el cielo con el Señor Jesús. No hay duda de que él quiere que estemos allí. En su oración al Padre, justo antes de sufrir, dijo: «Padre, deseo que *donde yo estoy, también estén conmigo* aquellos que me has dado, para que vean mi gloria que me has dado, porque me amaste desde antes de la fundación del mundo» ([Juan 17:24](#)). Dicho esto, murió por nosotros. Las terribles consecuencias de nuestros pecados cayeron sobre él. Él tomó la copa de la ira divina por nosotros para que nuestras almas pudieran ser liberadas. Cumplida la obra, resuelta toda cuestión, el Padre lo resucitó de entre los muertos y lo glorificó a su derecha en el cielo. Ascendió como Hombre a la gloria; y así, habiendo hecho la redención, dio a todos los que creen en su nombre el derecho de ascender también. ¡Glorioso pensamiento! Todos los que confían en él «vivirán con él» en la Casa del Padre para siempre ([1 Tes. 5:9-10](#)).

Ningún creyente lo duda; pero muchos no saben cómo seremos llevados a toda esa gloria. Muchos piensan que es por la muerte, esperando realmente que todos terminen su peregrinaje terrenal de esta manera, y así pasar uno por uno al disfrute de nuestra porción eterna. Pero esta idea es errónea, por antigua que sea. La Escritura afirma claramente que «*no todos dormiremos*» ([1 Cor. 15:51](#)). De hecho, en ninguna parte del Nuevo Testamento se le dice al creyente que espere la muerte como el final de su viaje en la tierra. Si se argumenta que los casos de Pedro y Pablo dicen lo contrario, respondemos que esos casos son excepcionales; les fue revelado divinamente que su trabajo terminaría en una muerte violenta por el nombre de Cristo ([2 Pe. 1:14](#); [2 Tim. 4:6-8](#)). Pero esto no afecta al principio general.

Entonces, ¿para qué debe prepararse el cristiano? *Para el regreso del Hijo de Dios desde el cielo*. Leyendo los Hechos y las Epístolas, nadie puede negar que todos los primeros conversos al cristianismo esperaban la venida del Señor Jesús. Esta espera animaba sus corazones, los separaba del mundo, les permitía sufrir con paciencia y

les infundía un celo admirable en el servicio del Señor. Los tesalonicenses son un buen ejemplo de ello (1 Tes. 1).

Pero comprendamos lo que entendemos por la venida del Señor. La Escritura indica 2 acontecimientos, muy distintos en tiempo y carácter, que es importante no mezclar. El apóstol escribió a Timoteo estas sabias palabras: «Exponiendo rectamente la palabra de verdad» (2 Tim. 2:15). Aunque esta regla es necesaria en todas las áreas del estudio de las Escrituras, es particularmente grave descuidarla en este caso. La Palabra de Dios habla de 2 cosas bien distintas: (1) el regreso del Señor Jesús por sus santos celestiales; (2) su aparición en gloria, públicamente, para liberar a su pueblo terrenal y reinar en justicia, sometiendo a todos los enemigos. Si se confunden estas 2 cosas, poco se avanzará en el estudio de la palabra profética. Una es un descenso a los aires solo para arrebatarse a los suyos; la otra es un descenso a la tierra, como dice Zacarías 14:4: «Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente». Uno se caracteriza por un profundo amor hacia los objetos de su divino favor; el otro, por terribles juicios sobre sus enemigos (Apoc. 1:7).

Compárense el último capítulo del Nuevo Testamento con el último capítulo del Antiguo Testamento. En Apocalipsis 22:16 dice: «Yo soy la raíz y la posteridad de David, la estrella resplandeciente de la mañana»; pero en Malaquías dice: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos» (4:2-3). Estas son las características de la esperanza puesta respectivamente ante el pueblo celestial y el pueblo terrenal. ¿Quién no ve que estos 2 acontecimientos son completamente diferentes? Todo el mundo sabe que la estrella de la mañana es visible antes que aparezca el sol (para los que observan).

La aparición pública del Señor para juzgar y reinar ha sido profetizada casi desde el principio del mundo. El Espíritu Santo lo ha utilizado para consolar a los santos y advertir a los impíos. Enoc, el séptimo desde Adán, habló de ello: «He aquí, que vino el Señor con sus santas miríadas, para hacer juicio contra todos, etc.» (Judas 14-15). Pero la esperanza celestial de la Iglesia, la venida del Señor Jesús en el aire para recibir a los suyos no fue revelada, como muchas otras verdades, hasta la época del Nuevo Testamento.

La razón de esto no necesita buscarse muy lejos. El Antiguo Testamento trata del

gobierno de Dios en la tierra, con Israel en su centro. En consecuencia, solo se considera el lado terrenal de la cuestión. En el Nuevo Testamento, las cosas son muy diferentes: Israel es puesto a prueba, no por la Ley, sino por la presencia del Mesías al que rechazaron con odio y desprecio. Los cielos han recibido a Aquel a quien aborrecieron y rechazaron. Ahora son fugitivos y vagabundos en la tierra a causa de sus pecados (pero serán restaurados); y Dios está llevando a cabo otro propósito –un propósito de carácter celestial. Los hombres, tanto judíos como gentiles, son ahora llamados fuera del mundo, por gracia, para ser coherederos celestiales de Cristo. No tienen parte en la tierra, sino que están unidos a la Cabeza resucitada por medio del Espíritu Santo (1 Cor. 12:13). Estando nuestra vocación y nuestra porción en el cielo, la esperanza celestial de la que hablamos es puesta ante nosotros por el Espíritu Santo. Él vino de la gloria en la que Cristo entró, y uno de sus quehaceres es mostrarnos «las cosas venideras» (Juan 16:13).

Antes de abandonar esta escena, el Señor Jesús habló a sus queridos discípulos sobre la esperanza (comp. Juan 14:1-4). Sus corazones se llenaron de tristeza al pensar que los dejaba. Él lo era todo para sus corazones. A su llamada, habían dejado sus redes y le habían seguido en su servicio por toda la tierra, ¡solo para oír ahora que se iba! Pero él los consoló prometiéndoles que volvería a por ellos, para estar con él para siempre en la Casa del Padre. Parecía que su partida significaba que perderían la gloria del reino mesiánico, pero tendrían una mejor parte, sí, una parte celestial. A partir de ahora, tendrían que creer en Aquel que sería invisible. Esto era difícil para un judío que tenía ante sí las profecías del Antiguo Testamento sobre un reino glorioso. «No se turbe vuestro corazón; ¡creéis en Dios, creed también en mí!» (Juan 14:1). Los que creen mientras él está lejos tienen la mejor parte (Juan 20:29; 1 Pe. 1:8). Pero añadió: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, yo os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar» (Juan 14:2). No los había hecho compañeros suyos en la tierra para rechazarlos cuando volviera al Padre. No lo haría. Iban a ser sus compañeros para siempre; por eso les aseguró que arriba había un lugar no solo para él, el Primogénito, sino también para sus amados, en la riqueza de su gracia.

Pero ¿cómo entrarían en esa gloria? «Si voy y os preparo un lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:3). El Señor no dice nada más sobre su venida; no era el momento; sus corazones estaban demasiado tristes. Para más detalles tenían que esperar la venida del Consolador, que les instruiría como lo podrían soportar.

Es extraño pensar que el Señor estaba hablando de su muerte cuando dijo eso. Sin

embargo, ese ha sido el pensamiento general de los santos durante siglos. Si nos fijamos en [Juan 21:22-23](#), veremos que, aunque los discípulos estuvieran equivocados, no consideraban equivalentes la muerte y la venida del Señor. Si la muerte (o el sueño, como prefiere llamarlo el Espíritu Santo) golpea al cristiano, este parte para estar con Cristo. Esto es muy diferente de que Cristo venga por él. Los santos que están con el Señor (ya no en el cuerpo), disfrutan conscientemente de Su bendita presencia y esperan como nosotros, aunque en una sala de espera diferente, por así decirlo, el momento de su venida. Ellos entonces serán glorificados, junto con aquellos que están vivos, en su venida.

Pasemos ahora a los detalles de este bendito acontecimiento. Se dan en [1 Tesalonicenses 4](#). Cuando las Epístolas de Pablo fueron dirigidas a ellos, los tesalonicenses eran creyentes jóvenes, no más de unos pocos meses de edad en la fe –un serio reproche a aquellos que sienten que asuntos como la venida del Señor no deben ser presentados a almas jóvenes o sencillas. En muchos sentidos, los jóvenes tesalonicenses son un ejemplo para nosotros. Se caracterizaron desde el principio por un gran fervor hacia el Señor, por un ferviente servicio hacia él y, sobre todo, por una viva expectación de su regreso. Se les describe así: «Os volvisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar de los cielos a su Hijo, al que ha resucitado de entre los muertos, a Jesús quien nos libra de la ira venidera» ([1 Tes. 1:9-10](#)). El Señor aprecia esta espera más que cualquier otra cosa por amor hacia él. Es muy preciosa a sus ojos, aunque poco estimada por los hombres.

Pero los tesalonicenses pronto se encontraron con una dificultad. Los fieles apóstoles habían sido expulsados de su ciudad por judíos maliciosos, por lo que carecían de instrucción ([Hec. 17:1-10](#)). Algunos de ellos pronto se durmieron. Esto fue una gran sorpresa y una oportunidad para Satanás. El adversario siempre está dispuesto a perturbar la paz y el gozo de los santos. ¿Qué había sido de los que durmieron? ¿No sufrirían una gran pérdida si no estaban allí para recibir al Señor? Estas eran las preguntas que inquietaban sus mentes.

El Espíritu de Dios las aclaró rápidamente a través del apóstol. «No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza» ([1 Tes. 4:13](#)). No malinterpretemos estas palabras. A los santos no se les prohíbe en modo alguno estar afligidos. Dios no quiere que sus hijos sean estoicos. Debemos sentir las circunstancias del camino, pero no dejarnos, como los demás, abrumar por ellas. “*La esperanza*” hace parte de la tristeza del cristiano. Endulza el cáliz más amargo e ilumina la hora más oscura. «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con él a los que durmie-

ron en Jesús» (4:14). ¡Qué maravilla! En lugar de ser un perdedor, el santo durmiente solo llega a parecerse más a su Señor. Lo que Dios hizo por Cristo, lo hará por todos los que le pertenecen. Lo levantó de la tumba y lo colocó en la gloria; hará lo mismo a su tiempo por todos sus amados dormidos. En [1 Tesalonicenses 4:14](#), la expresión correcta sería «mediante Jesús». «En Cristo» expresa nuestra posición ante Dios en él resucitado, como muestra [Romanos 8](#). «Mediante Jesús» es muy suave aquí, y acalla cualquier murmuración. Cuando se recuerda a un ser querido, no es un mero incidente, es Jesús quien lo hace. «Bien lo ha hecho todo» ([Marcos 7:37](#)).

El apóstol dice: «Dios traerá con él a los que durmieron en Jesús». Nótese esto. Los tesalonicenses solo habían oído hablar de la venida del Señor en términos generales. Sabían que él vendría a reinar, y que estarían asociados con él en su gloria; pero todavía no conocían la distinción entre su venida *por* sus santos y *con* sus santos. Su perplejidad da al Espíritu de Dios la oportunidad de aclararlo. Evidentemente, si los santos están con Cristo cuando venga a establecer su reino, primero deben haber sido arrebatados allí donde él se encuentra. Esto está bien explicado en [1 Tesalonicenses 4:15-18](#), que debe leerse como un paréntesis.

Lo que dice el apóstol le ha sido revelado divinamente. Convenzámonos cada vez más de que toda la Escritura procede de Dios. «Porque esto os lo decimos por palabra del Señor: Que nosotros los que vivimos, los que quedamos hasta el advenimiento del Señor, de ninguna manera precederemos a los que durmieron» (4:15). Era la palabra tan necesaria. Temían que los que dormían sufrieran alguna pérdida. Nótese el orden de las cosas. «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que quedamos, seremos arrebatados con ellos en las nubes para el encuentro del Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, los unos a los otros con estas palabras». No hay nada más sencillo y bendito. «El Señor mismo... descenderá» (4:16-18). Es el Esposo celestial que viene a buscar a su Esposa, comprada con sangre. No enviará simples mensajeros, por gloriosos que sean, sino que vendrá él mismo.

*“Él viene –porque su anhelante corazón
No puede esperar más–
Para traer a su esposa
A escenas de gozo sin terminación”.*

Este es el momento en que el divino Eliezer entrega la verdadera Rebeca al Hijo para que sea su eterna compañera amada ([Gén. 24](#)). Hemos visto que el significado de la palabra «llamar» es una llamada entre personas en una relación, no una llamada vulgar. Su grito no es para el mundo –al menos, no en ese momento– es para los suyos. «Las ovejas oyen su voz». «Conocen su voz» ([Juan 10:3-4](#)).

Los santos durmientes oirán su llamada y saldrán en incorrupción y gloria. El resto de los muertos permanecerán en sus tumbas, como veremos más adelante. Los santos vivos, dondequiera que estén en la tierra, también responderán, y se transformarán en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, para ascender al encuentro del Señor. ¡Poderosa manifestación del poder divino! Es el fruto del amor divino, la corona de la gracia divina, el resultado necesario de la justicia divina. ¡El momento supremo! ¡Cómo lo esperan nuestros corazones mientras escribimos esto!

Notemos que el Espíritu de Dios habla de 2 clases de santos y solo de 2: «Los muertos en Cristo» y «nosotros los que vivamos, los que quedamos». Todos los que pertenecen a estas clases serán arrebatados para la gloria. Es importante notar esto, porque hay una triste noción hoy en día de que en el arrebato muchos de los que pertenecen al Señor serán dejados atrás para pasar por la gran tribulación debido a su mal caminar. Las Escrituras no apoyan esta idea. Generalmente se invoca [Hebreos 9:27-28](#) para apoyarla, pero una lectura cuidadosa de estos versículos muestra que el contraste no es entre los creyentes que están velando y los que no, sino entre los creyentes y el mundo impío. La perspectiva que se ofrece a estos últimos es la muerte y el juicio; la que se ofrece a los primeros es la venida de Cristo para la salvación, independientemente del pecado. La idea proviene de un principio legalista, profundamente arraigado en muchas mentes, que hace que nuestras bendiciones dependan de nuestro caminar y conducta. Esto puede ser cierto en el caso de las recompensas, pero nuestra entrada en la gloria no es una recompensa, es la culminación de la gracia de Dios. Nuestro derecho a participar en ella no depende de un buen andar, sino de la preciosa sangre de Cristo. He conocido a algunos santos muy devotos que han estado completamente oscurecidos y llenos de incertidumbre debido a esta enseñanza.

Puede surgir otra pregunta. Algunos dicen: “La Escritura parece decir que muchas cosas deben cumplirse antes de la venida del Señor”. La profecía se refiere a la tierra y al pueblo de Israel; nuestra esperanza celestial no es profecía en absoluto. Todo el período de la Iglesia es una especie de paréntesis en los caminos de Dios. Mientras él está reuniendo al pueblo celestial, Israel está disperso, y la profecía está detenida; cuando su propósito actual se complete, y la Iglesia esté toda reunida, Israel apare-

cerá de nuevo, y la profecía continuará donde se detuvo con el rechazo de Cristo.

¡Oh, que todos los que pertenecen al Señor lo esperen con fe sencilla, anhelando ver su rostro y estar con él en la Casa del Padre! En los primeros tiempos de la Iglesia, la esperanza estaba firmemente arraigada, por lo que existía una completa separación del mundo y una verdadera devoción a Cristo. La conocida parábola de las 10 vírgenes muestra la posición inicial respecto a la venida de Cristo (vean [Mat. 25](#)). Durante este período en el que el Rey está rechazado, *el reino de los cielos* es el ámbito de la profesión cristiana. El Señor lo compara con «diez vírgenes que tomaron sus lámparas, y salieron al encuentro del Esposo» (v. 1). Eran «vírgenes». Esa era la posición que habían adoptado; debían conservar su carácter. Tomaron su lugar fuera del mundo –«salieron». El cristianismo no deja a las almas en el mundo, sino que las desprende y las coloca de espaldas al mundo, de cara a la gloria. Esta era, sin duda, la actitud universal de los creyentes en los primeros tiempos de la fe. Ninguno esperaba la muerte, como muchos hacen hoy; todos esperaban ver al Señor y ser arrebatados hacia él según su promesa. Los creyentes de Roma suspiraban por la gloria, gimiendo con la creación sufriente ([Rom. 8:17-25](#)); a los corintios no les faltaba ningún don, esperando la revelación de nuestro Señor Jesucristo ([1 Cor. 1:7](#)); el apóstol podía decir a los gálatas: «por [el] Espíritu, en virtud de [la] fe, aguardamos la esperanza de la justicia» ([Gál. 5:5](#)); los filipenses esperaban que el Salvador viniera del cielo para transformar su cuerpo humilde en la conformidad del cuerpo de su gloria ([Fil. 3:20-21](#)); los colosenses esperaban ser manifestados en gloria con Cristo en su manifestación ([Col. 3:4](#)); y los tesalonicenses, como hemos visto, esperaban al Hijo de Dios desde el cielo con amor y fervor manifiestos.

De todas las maneras y en todas las ocasiones, el Espíritu de Dios presenta la venida del Señor en uno u otro de sus aspectos. Este es el tema constante de los escritos del Nuevo Testamento, aunque algunos digan lo contrario. La esperanza sostuvo a los primeros cristianos afligidos ([1 Tes. 4:13](#)); los hizo pacientes bajo la opresión ([Sant. 5:7-8](#)); los animó a sufrir expolios y oprobios por causa de Cristo ([Hebr. 10:36-38](#)), y los llevó a una completa purificación de vida y andar ([1 Juan 3:3](#)); alentó al apóstol durante su servicio por Cristo, y lo capacitó para avanzar pacientemente en la mala y en la buena fama ([1 Tes. 2:19-20](#); [2 Cor. 4:14](#)).

¿Es de extrañar que haya surgido tanto mal cuando la esperanza ha desaparecido de la mente de los creyentes? Ay, sucedió lo que dijo el Señor: «Como tardaba el esposo, todas cabecearon y se durmieron» –¡no solo las vírgenes necias, sino también las prudentes! Todas estaban tristemente alejadas del Señor. Es bien sabido que, después del siglo 1, no queda prácticamente rastro de la esperanza celestial de la Iglesia en

la Palabra escrita durante siglos. Había desaparecido. Se mencionaba la venida del Señor, porque nunca se olvidaba el hecho de que vendría un día a juzgar al mundo. Pero la esperanza propia del cristiano, la parte que su gracia nos ha reservado, la de ser arrebatados al cielo para estar con él antes de que caigan los juicios, se perdió por completo.

La masa de la profesión cristiana se ha hundido en la mundanidad. El Señor ha dicho desde hace mucho tiempo a la Iglesia: «Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás» (Apoc. 2:13). El trono de Satanás está en el mundo del cual él es príncipe y dios. Es penoso que la Iglesia haya ido a parar allí. Su verdadero camino es el de una extranjera celestial que atraviesa este mundo, como Rebeca atravesó el desierto con Eliezer para encontrarse con su Señor a su debido tiempo. Su santa y solemne responsabilidad es dar testimonio en el camino, pero no establecerse aquí, ni inmiscuirse en los asuntos de esta escena extranjera. Solo aferrarse por fe, y en el poder del Espíritu Santo, a la poderosa pero simple verdad de que el Señor está cerca puede liberar a los santos del compromiso en que tantos se encuentran.

Si la pérdida de esperanza es grave para los santos en general, ¿qué decir de aquellos que se han hecho ellos mismos sus líderes? ¿Qué dice la Escritura?: «Pero, si es un siervo malo, que dice en su corazón: ¡Mi señor tarda!, y comienza a pegar a sus compañeros y a comer y beber con los borrachos; vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no conoce, y lo castigará con gran severidad, y le asignará su parte con los hipócritas; allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mat. 24:48-51). Un cuadro tristemente exacto de un clero tiránico dominante. Pero ¿cuál es la raíz de todo esto? Es el hecho de decir en el corazón: «¡Mi señor tarda!». El abandono de la esperanza condujo –gradualmente, por supuesto– a todos los males y enormidades de los que están llenas las páginas de los historiadores eclesiásticos.

Pero se ha producido un cambio. El Señor está despertando a los suyos a las bendiciones perdidas hace tiempo. El Espíritu Santo está actuando activamente por todas partes en los corazones de los creyentes. Sucedió tal como dijo el Señor: «A la media noche se oyó un grito: ¡He aquí el esposo! ¡Salid a su encuentro!» (Mat. 25:6). El Señor recuerda a los suyos cuál debe ser su actitud ante su venida. Dice a cada santo: «Despiértate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo» (Efe. 5:14). Los cristianos no están muertos (¡bendito sea Dios!), pues poseen la vida eterna en su Hijo; pero es muy posible que estén dormidos entre los muertos. ¿De qué sirven entonces los creyentes? ¿Dónde está su testimonio? «Conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; porque ahora la salvación está más cerca que cuando creímos; la noche está muy avanzada, y el día se acerca»

(Rom. 13:11-12). Queridos lectores, ¿conocen ustedes el tiempo? ¿Se dicen a ustedes mismos?: “Todavía hay tiempo; mi señor tarda en venir”, o tiemblan sus corazones ante la perspectiva de ver pronto su rostro. Se dice de algunos de los ancianos que tenían el entendimiento de los tiempos para saber lo que Israel debía hacer (1 Crón. 12:33). Ojalá se pudiera decir lo mismo de todos los cristianos de hoy.

No permitan que la verdad del regreso del Señor se convierta solo en una doctrina para la cabeza. ¡Que sea una realidad vital en el corazón! Si realmente lo están esperando, purifíquense de todos sus ídolos. Destierren todo lo que ofende a su Espíritu. Desháganse de todo rastro de Egipto, que es mayor oprobio para la Iglesia que para el Israel de antaño (Jos. 5:9). Súbase a su atalaya y clame desde lo más profundo de su alma: «¡Ven, Señor Jesús! A él le gusta ese grito más que nada. Servir a Cristo es bueno, no podemos hacerlo demasiado, y él lo aprecia; pero lo aprecia aún más cuando esperamos su regreso. Ambas cosas se encuentran en Lucas 12, donde dice: «Bienaventurado el *siervo* a quien su señor, cuando venga, encuentre *haciendo así*. En verdad os digo que lo pondrá sobre todos sus bienes» (v. 43-44).

Ni un vaso de agua fría será olvidado en el día venidero; todo está escrito en el cielo. Pero él *antepon*e velar a servir. La verdadera actitud está descrita de antemano. «Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas; y sed vosotros semejantes a hombres que esperan a que su señor regrese de las bodas; para que cuando llegue y llame, le abran al instante» (v. 35-38). Obsérvese la imagen sorprendente que utiliza el Señor. Es la de un esclavo que espera a que su amo vuelva de la boda. Para no hacerle esperar, se queda en el zaguán con la mano en el picaporte, para que, cuando oiga llamar, le abra enseguida. ¿Esperamos así a Cristo? Y fíjense en lo que dice el Señor a continuación; fíjense cuánto aprecia el simple hecho de que le estemos esperando. «¡Bienaventurados aquellos siervos a los que, llegando el señor, encuentre velando! En verdad os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa y, acercándose, les servirá. Y si llega en la segunda o en la tercera vigilia, y los halla así, bienaventurados son aquellos siervos». Honores celestiales aguardan a los que desean ardientemente el regreso del Señor.

Se acerca el momento maravilloso. Toda la Iglesia oirá pronto el toque de trompeta y abandonará para siempre este valle de lágrimas. Se dice de Enoc: «No fue hallado, porque le trasladó Dios» (Hebr. 11:5). Lo mismo sucederá con los millones de personas que componen la Iglesia. ¡Qué momento tan terrible para el mundo! Aquellos a quienes siempre ha despreciado y perseguido por causa de Cristo serán quitados de en medio para no volver jamás. Nunca más tendrán los hombres sus fieles advertencias del peligro venidero, ni sus amorosos llamamientos a creer en el Salvador,

en el día de su paciencia. Habrá un vacío terrible. La sal será quitada; la luz será transferida para brillar en otras esferas más agradables.

Será un tiempo particularmente solemne para los que han profesado el nombre del Señor. «Conoce el Señor a los que son suyos», y no se equivoca (2 Tim. 2:19). Él tomará para sí a los que son suyos, rechazando a todos los demás, no importa cuán abiertamente afirmen esta pretensión. A muchos les dirá: «Conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Apoc. 3:1). Es mejor no haber oído nunca su nombre que tener una profesión vana. En ningún caso tomará para la gloria a las almas que solo tengan una profesión religiosa. Pero todos los que, teniendo una fe sencilla, hayan aprendido y reconocido su estado pecaminoso, hayan sido lavados de sus pecados por su sangre y sellados por su Espíritu, aunque sean pobres y débiles, serán reconocidos como suyos y llevados a su presencia celestial.

Es muy solemne oírle decir a muchos: «De cierto os digo: No os conozco» (Mat. 25:12). Se acerca la gran separación. Las vírgenes prudentes entrarán con él en las bodas; todas las demás quedarán fuera, para su ruina eterna. ¿En qué compañía se encontrarán los lectores?

*“La noche está avanzada y el día se acerca;
No hay señal que esperar, la Estrella está en el cielo.
Alegraos, pues, santos, es la orden de vuestro Señor.
Alegraos, porque la venida de Jesús está cerca”.*